

El Experimento de Viernes Santo, a examen

En la procelosa historia de la psiquedelia hay un episodio —del que hace apenas unos meses se cumplió el sextuagésimo aniversario— que, a pesar de su singularidad e interés, y haber tenido lugar en el ámbito universitario, ha pasado prácticamente desapercibido a ojos de las personas profanas. Nos referimos al llamado *Experimento de Marsh Chapel* o *de Viernes Santo*, cuya génesis y desarrollo bien merece un somero repaso.

En 1961, antes de que los profesores Timothy Leary y Richard Alpert fueran despedidos de la Universidad de Harvard y sustancias como el ácido lisérgico, la mescalina y la psilocibina fueran prohibidas, el propio Leary y su colega Frank Barron consiguieron despertar el interés del profesor Huston Smith, jefe del Departamento de Filosofía del Massachusetts Institute of Technology (MIT), por la experiencia psiquedélica.

Durante varios meses, el profesor Smith organizó sesiones con psilocibina dirigidas a universitarios y estudiantes de posgrado del prestigioso centro como ejercicios de laboratorio para sus seminarios sobre misticismo. El resultado fue que ese interés inicial cundió y se extendió entre la comunidad religiosa de Cambridge (Massachusetts) entre el verano y el otoño de dicho año.

Dos de las personalidades que más interés demostraron por las implicaciones místicas que podía encerrar la experiencia psiquedélica fueron Walter Clark, profesor de Psicología de la Religión en la Andover Newton Theological School, y Walter Pahnke, un joven médico psiquiatra y ministro anglicano, candidato a doctor por Harvard Divinity School, que estaba trabajando en su tesis doctoral *Drugs and Mysticism*.

Pahnke creía en una unidad fundamental de todas las religiones y compartía la idea expresada por el filósofo Walter Terence Stace de que en la experiencia mística se encuentran características universales que no se circunscriben en exclusiva a ninguna religión. De tal manera, estaba convencido del poder de ciertas drogas para provocar una experiencia religiosa de gran intensidad. No en vano el escritor y filósofo británico Aldous Huxley hacía años que había visto en la mescalina «una especie de sucedáneo de la religión»¹.

Pertrechado de argumentos, el joven candidato a doctor por la Facultad de Teología de Harvard consiguió persuadir a los miembros de la junta fundadora del Harvard Psilocybin Project para llevar a cabo un singular ensayo con estudiantes voluntarios —dotados de fuertes inclinaciones religiosas— en el edificio oficial de la propia universidad dedicado al culto, conocido como *Marsh Chapel*. Pensaba que era un entorno de lo más apropiado, pues, además de ser un recinto religioso, ofrecía protección, tranquilidad y seguridad. Por si fuera poco, para la realización del

citado experimento eligió un día tan señalado como el Viernes Santo. Con el ensayo pretendía determinar si la psilocibina podía actuar como un *enteógeno* artificial en personas predispuestas o, dicho en otras palabras, si los efectos de una droga psiquedélica sobre el cerebro de sujetos especialmente devotos, con fuertes inquietudes religiosas, podría crearles la sensación de estar en presencia del mismísimo Dios.

Así, el 20 de abril de 1962, se convocó a veinte alumnos voluntarios de primer curso de Teología seleccionados previamente, y se formaron cinco grupos de cuatro estudiantes. Cada grupo fue puesto bajo la supervisión de dos adiestrados psiconautas. Todos los estudiantes recibieron una cápsula idéntica con polvos blancos²: diez de ellas contenían una dosis de 30 mg de psilocibina cada una y las otras diez un «placebo activo», en este caso niacina en forma de ácido nicotínico, una vitamina B3 que provoca rubefacción y sensación de hormigueo. Por su parte, los diez supervisores o guías tomaron dosis de 15 mg de psilocibina. Pahnke y Leary distribuyeron las dosis. El primero tomaba nota del número de cada una junto al nombre del estudiante correspondiente, tras lo cual todos disolvieron el contenido en agua y, después de una breve oración, bebieron ritualmente de sus vasos y se dispusieron a esperar los efectos.

Tras de la ingesta, alumnos y tutores asistieron a los oficios de Viernes Santo, con música de órgano, sermón y ritual completo. La misa fue celebrada por el

reverendo Howard Thurman, capellán de la Universidad de Boston, y mentor de Martin Luther King Jr. en su juventud. El servicio fue emocionalmente intenso, y además de la homilía, se leyeron poesías, algunos pasajes de la Biblia y se interpretó música sacra, todo relacionado con los eventos de la vida y pasión de Cristo.

Por razones evidentes, Walter Pahnke había decidido que los sujetos sometidos al experimento estuvieran separados del resto de los asistentes a la misa del Viernes Santo, quienes iban a ocupar la capilla principal en presencia del reverendo Thurman, mientras que ellos bajarían a la del sótano, más pequeña, pero que tendrían para ellos solos, y donde podrían oír el sermón a través de los altavoces situados en las esquinas.

De poco sirvió que nadie —ni siquiera Pahnke, ni ningún profesor— supiera quiénes habían recibido la dosis psicoactiva y a quiénes les había tocado el placebo, y se demostró lo carente de sentido que supone organizar un estudio con drogas psiquedélicas por el método de doble ciego, pues transcurrido un buen rato saltaba a la vista quiénes habían tomado psilocibina y quiénes no.

Los que habían tomado el placebo estaban sentados en sus bancos de cara al altar, tranquilos, con cara de atención, como buenos fieles, mientras que los diez visionarios se mostraban menos convencionales: uno se tumbó en el suelo; algunos vagaban por la capilla entre oraciones y expresiones de asombro,

murmurando cosas como «Dios está en todas partes. ¡Gloria!»; otro se levantó de pronto, lanzando miradas como idas a su alrededor, se aproximó al altar, se detuvo como a tres metros de la estatua de Cristo y extendiendo los brazos en alto le arrojó algo (más tarde se descubriría que fue su prótesis dental)³; hubo quien se puso a entonar un himno; y otro se puso a tocar extraños acordes apasionados en el órgano de la capilla de manera espontánea.

Sin extendernos en más detalles, diremos que ocho de los diez estudiantes que recibieron la psilocibina experimentaron una intensa experiencia mística de autotranscendencia, teniendo la sensación de que estaban conectados directamente con Dios, frente a solo uno del grupo de control que describió una experiencia similar. De tal manera, Pahnke llegó a la conclusión de que las experiencias sentidas por estos sujetos fueron idénticas y, por tanto, indistinguibles de los arrebatos o trances místicos clásicos descritos en la literatura⁴.

La revista *Time* publicó una extensa crónica, en términos muy favorables, sobre el experimento de Pahnke, apoyada por citas de destacados teólogos. El aspecto religioso de la experiencia psiquedélica era incuestionable, así como el poder de ciertas drogas para facilitar la clase de trascendencia o éxtasis experimentada por los santos y por los místicos. De este modo fue como el resultado de tan singular ensayo llegó a oídos de todos los Estados Unidos.